

anacronismo del señor Hupel de la Noue, veíase un derrumbamiento de monedas de veinte francos; luises esparcidos, luises en montón, una abundancia sin cuento de luises que subían, subían... En la cima de tan gran montón de oro, la señora de Guende, ejerciendo de Plutón, se hallaba sentada, Plutón femenino, exhibiendo la garganta, entre los grandes paños de su ropaje, tomados de todos los metales. En torno del dios, se agrupaban, en pie, medio tendidas, unidas en racimos, o floreciendo aparte, las mágicas florescencias de aquella gruta, en donde los califas de las *Mil y una noches* habían volcado sus tesoros: la señora Haffner, figurando el oro, con una falda tiesa y resplandeciente de obispo; la señora de Espanet, de plata, reluciente como un rayo de luna; la señora de Lauwerens, de ardiente azul, figuraba el Zafiro, teniendo a su lado a la pequeña señora Daste, una Turquesa sonriente, suavemente azulada; después se desgranaban la Esmeralda, la señora de Menihold, y el Topacio, la señora de Teissière; y, más abajo, la condesa Vanska prestaba su ardor sombrío al Coral, extendida, con los brazos en alto, cargados de colgantes piedras preciosas, semejante a un pólipo monstruoso y encantador, que exhibía carnes de mujer entre sonrosados y entreabiertos nácares de caracoles marinos. Aquellas damas llevaban todas collares, brazaletes, adornos completos, formados cada cual de la piedra preciosa que el personaje representaba. Llamaron grandemente la atención las joyas pertenecientes a las señoras de Espanet y de Haffner, compuestas tan sólo de moneditas de oro y de plata completamente nuevas. En el primer término el drama continuaba siendo el mismo; la ninfa Eco tentaba al bello Narciso, quien continuaba haciéndose de pencas con el mismo ademán. Y las miradas de los espectadores se acostumbraban con arrobamiento a la vista

de aquella caverna abierta en las inflamadas entrañas del globo, de aquel montón de oro sobre el que se revolcaba la riqueza de un mundo.

Este segundo cuadro tuvo aún mayor aceptación que el primero. La idea pareció en gran manera ingeniosa; aquel atrevimiento de las monedas de veinte francos, aquel ceño de caja de caudales moderna yendo a parar a un paraje de la mitología griega, embelesó la imaginación de aquellas señoras y a la gente adinerada que se encontraba allí. Las exclamaciones de: "¡Qué de monedas! ¡qué de dinero!" llenaban el espacio, con sonrisas y con estremecimientos de satisfacción; y darse podía por seguro que todos y cada uno de aquellos caballeros y señoras soñaban con poseer para sí toda aquella riqueza en una cueva.

—Inglaterra ha pagado; esos son los millones de millones de usted—murmuró maliciosamente Luisa al oído de madama Sidonia.

Y la señora de Michelin, con la boca un poco abierta por arrobador deseo, apartaba su velo de almea, para acariciar el oro con reluciente mirada, mientras que el grupo de los hombres graves se quedaba embobado. El señor Toutin Laroche, con el corazón ensanchado, susurró algunas palabras al oído del barón cuyo rostro, se jaspeaba de manchas amarillas. Pero los señores Mignon y Charrier, menos discretos, dijeron con ingenuidad brutal:

—¡Demontre! Ahí habrá lo suficiente para demoler a París y volverlo a edificar.

La frase pareció profunda a Saccard, quien empezaba a creer que Mignon y Charrier se chinchaban del mundo entero haciéndose los imbéciles. Cuando se corrieron las cortinas y cuando el piano dió punto a la marcha triunfal con gran estruendo de notas empujadas las unas sobre las otras, cual postreras paletadas de escudos, los aplausos estallaron, más vivos, más prolongados.

En esto, en medio del cuadro, el ministro acompañado de su secretario el señor de Saffré, había aparecido en la puerta del salón. Saccard, que atisbaba con impaciencia a su hermana, quiso precipitarse a su encuentro; mas ésta, con un ademán, le rogó que no se moviese. Y se acercó con calma al grupo de los hombres graves. Cuando, corridas las cortinas, se le divisó, un prolongado cuchicheo corrió por el salón y las cabezas se volvieron: el ministro equilibraba el éxito de los *Amores del bello Narciso y de la ninfa Eco*.

—Es usted un poeta, señor prefecto—dijo sonriendo al señor Hupel de la Noue.—En otro tiempo dió usted a la estampa un volumen de versos, *Las Volubilis*, según creo... Veo que los cuidados de la administración no han agotado la imaginación de usted.

El prefecto sintió, en aquella felicitación, el aguijón de un epigrama. La brusca presencia de su jefe le aturulló, con tanto mayor motivo cuanto, al pasarse revista con una mirada para ver si su continente era correcto, distinguió, en la manga del frac, la manita blanca, que no se atrevió a limpiar. Inclinóse y balbuceó:

—En verdad—prosiguió el ministro, dirigiéndose al señor Toutin-Laroche, al barón Gouraud y a los personajes que allí se encontraban,—todo aquel oro ofrecía un maravilloso espectáculo... Grandes cosas haríamos si el señor Hupel de la Noue acuñase moneda para nosotros.

En lenguaje ministerial, aquélla era la misma frase de los Mignon y Charrier. Entonces el señor Toutin-Laroche y los demás se mostraron cortesanos, comentando la última frase del ministro: el imperio había hecho ya maravillas; no era el oro lo que hacía falta, merced a la sin par experiencia del poder; Francia no había gozado jamás de tan hermosa situación ante Europa; y aquellos señores acabaron por aparecer tan tri-

viales, que el ministro cambió de conversación. Escuchábaseles, con la cabeza erguida, con las comisuras de la boca un tanto enhiestas, lo que comunicaba a su blanco y grueso rostro, esmeradamente rasurado, una actitud de duda y de risueño desdén.

Saccard, que quería preparar el terreno para anunciar el casamiento de Máximo y de Luisa, maniobraba para dar una hábil transición. Aparentaba gran familiaridad, y su hermano la echaba de candoroso, y consentía en dispensarle el favor de parecer que le quería con toda el alma. Era en realidad un hombre superior, con su mirada transparente, con su visible menosprecio hacia las truhanerías de baja estofa y con sus robustos hombros, que con sólo un movimiento habrían tumbado a toda aquella gente. Cuando llegó por fin la oportunidad de hablar del casamiento, mostróse encantador y dió a entender que tenía preparado su regalo de boda, consistente en el nombramiento de Máximo de auditor en el consejo de Estado; llegó hasta a repetir por dos veces a su hermano, en tono cordial:

—No dejes de decir a tu hijo que quiero ser testigo.

El señor de Mareuil se ponía como una amapola de satisfacción. Dieron la enhorabuena a Saccard. El señor Toutin-Laroche se ofreció por segundo testigo. En seguida, y por modo brusco, se empezó a hablar del divorcio. Un miembro de la oposición acababa de tener "el triste dolor"—decía el señor Haffner,—de salir a la defensa de aquella vergüenza social. Y todos pusieron el grito en el cielo, y su pudor les inspiró frases profundas. El señor Michelin sonrió delicadamente al ministro, mientras que los señores Mignon y Charrier reparaban, haciéndose cruces, en que el cuello de su frac estaba bastante raído.

En esto, el señor Hupel de la Noue permanecía

perplejo, apoyándose en el sillón del barón Gouraud, quien habíase contentado con cambiar con el ministro un silencioso apretón de manos. El poeta no se atrevía a dejar el sitio; un sentimiento indefinible, el temor de parecer ridículo, el miedo de perder el aprecio de su jefe, le retenían allí, a pesar del violento afán que le impulsaba a ir a colocar a aquellas señoras en el escenario, para el último cuadro. Esperaba a que le acudiese una afortunada frase para volver a hallar gracia a los ojos del ministro; mas no daba con ninguna. Y sentíase cada vez más contrariado, cuando distinguió al señor de Saffré; cogióle del brazo y se pegó a él como a una tabla de salvación. El joven acababa de entrar, es decir, que era una víctima del todo fresca.

—¿No sabe usted la frase de la marquesa?—le preguntó el prefecto.

Mas tan turbado estaba, que no sabía presentarle el caso de modo original.

—Le dije: “El traje de usted es encantador”; y ella me contestó...

—Llevo debajo uno mucho más bonito—agregó tranquilamente el señor de Saffré.—Eso es ya viejo, caro amigo, muy viejo.

El señor Hupel de la Noue le miró consternado. La frase era vieja; ¡y él que iba a profundizar aún más su comentario sobre la ingenuidad de aquel grito del corazón!

—Vieja, tan vieja como el mundo—repetía el secretario.—La señora de Espanet la ha dicho ya dos veces en las Tullerías.

Aquel fué el último golpe. El prefecto se burló entonces del ministro, del salón entero. Dirigiase al escenario, cuando el piano preludió, con entristecido acento, con temblorosas notas que gemían; el lamento después se extendía, se arrastraba por largo rato y las cortinas se descorrieron. El señor Hupel de la Noue, que medio había

ya desaparecido, volvió a entrar en el salón, al oír el ligero resonar de las anillas. Hallábase pálido, exasperado; hacía un violento esfuerzo sobre sí mismo para no apostrofar a aquellas señoras; ¡habíanse colocado por sí mismas! Debía de haber sido aquella diminuta de Espanet la que había fraguado el complot para apresurar los cambios de trajes y para hacer caso omiso de él. ¡No era aquéllo, aquéllo no valía nada!

Y volvió mascullando palabras sin sentido. Miraba al escenario, encogiéndose de hombros y murmurando:

—La ninfa Eco está demasiado a la orilla... Y en esa pierna del bello Narciso no se ve nobleza, ninguna nobleza...

Los señores Mignon y Charrier, que se habían acercado para oír “la explicación”, se aventuraron a preguntarle “qué era lo que el joven y la joven hacían tumbados en el suelo”. Mas él no contestaba, se negaba a dar más explicaciones acerca de su poema; y, como los contratistas insistiesen:

—¡Eh! todo eso me importa un comino desde el instante en que esas señoras se colocan sin mí.

El piano sollozaba lánguidamente. En el tablado, una a modo de floresta, a la que la luz eléctrica comunicaba claridad de sol, presentaba un horizonte de follaje. Era una floresta ideal, con árboles azules y grandes flores amarillas y coloradas, que se alzaban a tanta altura como las encinas. Allí, sobre un montecillo de césped, Venus y Plutón se mantenían juntitos, uno al lado del otro, rodeados de ninfas que acudían de los cercanos bosques para servirles de cortejo. Veíanse allí las hijas de los árboles, las de los manantiales, las de los montes, todas las divinidades rientes y desnudas de las selvas. Y el dios y la diosa, triunfantes, castigaban las frialdades del orgulloso que las había despreciado, mientras

que el grupo de las ninfas miraba con curiosidad y con sagrado terror, la venganza del Olimpo, que se realizaba en el primer término. El drama se desenlazaba allí. El bello Narciso, tendido a la orilla de un arroyo, que descendía de las lontananzas de la escena, se miraba en el claro espejo; y se había llevado la verdad hasta el punto de colocar una verdadera luna en el fondo del riachuelo. Pero no era ya el joven libre, el andariego de los bosques; la muerte le sorprendía en la entusiasta admiración de su propia imagen, la muerte le iba haciendo languidecer, y Venus, con su dedo extendido, como hada de apoteosis, le lanzaba a su destino fatal, dejándole convertido en flor. Sus miembros adquirían verdes tintas y se extendían en su ajustado traje de raso verde; el flexible talle y las piernas ligeramente encorvadas, iban a hundirse en la tierra, a echar raíces, mientras que el busto, adornado con muchos paños de raso blanco, se desplegaba en maravillosa corola. La rubia cabellera de Máximo completaba la ilusión, formando con sus largos bucles, pistilos amarillos en medio de la blancura de los pétalos. Y la grande y naciente flor, humana todavía, inclinaba la cabeza hacia el manantial, con los ojos anegados en lágrimas, al propio tiempo que su rostro sonreía con voluptuoso éxtasis, como si el bello Narciso hubiese al fin satisfecho en la muerte los deseos que se había inspirado a sí mismo. A algunos pasos más allá, la ninfa Eco se moría también, moríase de deseos no satisfechos; encontrábase poco a poco atraída a la rigidez de la tierra y sentía sus ardientes miembros helarse y endurecerse. No era una roca vulgar, manchada de musgo, sino blanco mármol, por sus hombros y sus brazos, por su gran túnica de nieve, cuyo cinturón de follaje y cuya banda azul, se habían deslizado. Aplomada, en medio del raso de su falda, que se abría en an-

chos pliegues, semejante a un bloque de Paros, dejábase caer, no conservando ya de vivo, en su helado cuerpo de estatua, sino sus ojos de mujer, ojos que resplandecían, fijos en la superficie de las aguas, inclinada lánguidamente sobre el espejo de la corriente. Y parecía que todos los amorosos rumores de la selva, las prolongadas voces del vallado, los misteriosos estremecimientos de las hojas, los profundos suspiros de las seculares encinas, venían a estrellarse contra la marmórea carne de la ninfa Eco, cuyo corazón manando siempre sangre en el bloque, resonaba por largo espacio repitiendo a lo lejos los menores lamentos de la Tierra y del Aire.

—¡Oh! ¡y cómo han disfrazado al pobre Máximo!—exclamó Luisa.—Y a la señora de Sacard se la tendría por una muerta.

—Está llena de polvo de arroz—dijo la señora de Michelin.

Otras frases menos corteses corrían de boca en boca. El tercer cuadro no obtuvo el franco éxito de los dos anteriores. Era, no obstante, aquel trágico desenlace que tanto entusiasmaba al señor Hupel de la Noue, sobre su propio talento. Admirábase allí a sí propio como su Narciso en el espejo. Había introducido una caterva de intenciones poéticas y filosóficas. Así que las cortinas se corrieron por la postrera vez y que los espectadores hubieron aplaudido como personas de buena crianza, experimentó un sentimiento mayúsculo por haberse dejado llevar de la cólera, no llegando a explicar la última parte de su poema. Quiso dar entonces a las personas que le rodeaban la clave de las cosas encantadoras, grandiosas o sencillamente picarescas que representaban el bello Narciso y la ninfa Eco, y hasta probó a decir lo que Venus y Plutón hacían en el fondo de la floresta; pero a aquellos caballeros y señoras, cuyas imaginaciones claras y prácticas

habían comprendido la gruta de la carne y la gruta del oro, les importaba un comino el descender a las combinaciones mitológicas del prefecto. Tan sólo los señores Mignon y Charrier, que querían a todo trance enterarse, tuvieron la benevolencia de andársele con preguntas. Apoderóse de ellos, y túvoles en pie, en el hueco de una ventana, durante cerca de dos horas, contándoles las *Metamorfosis* de Ovidio.

En esto el ministro se retiraba. Dió sus excusas por no poder esperar a la hermosa señora de Saccard para felicitarla por la perfecta gracia de la ninfa Eco. Acababa de dar por la tercera o cuarta vez la vuelta al salón, del brazo de su hermano, dando algunos apretones de manos y saludando a las damas. Nunca se había comprometido tanto por Saccard. Dejábale radiante de gozo, cuando, en el umbral de la puerta, le dijo en voz alta:

—Te espero mañana temprano; ven a almorzar conmigo.

El baile iba a empezar. Los criados habían colocado a lo largo de las paredes los sillones de las señoras; y en el gran salón se extendía entonces, desde el saloncito amarillo hasta el escenario, la desnuda alfombra, cuyas grandes flores de púrpura se destacaban, bajo las cascadas de luces que se desprendían de los cristales de las arañas. El calor iba en aumento, los rojos tapices bruñían con sus reflejos el oro de los muebles y del techo. Esperábase, para dar comienzo al baile, que aquellas señoras, la ninfa Eco, Venus, Plutón y las demás, se hubiesen cambiado de traje.

Las señoras de Espanet y de Haffner aparecieron las primeras. Habíanse vuelto a poner sus vestidos del segundo cuadro; la una ataviada de Oro y la otra de Plata. Se las rodeó y

se las llenó de enhorabuenas; y a todos referían sus emociones.

—Yo por poco reviento de risa—decía la marquesa,— cuando divisé a lo lejos la formidable nariz del señor Toutin-Laroche que me echaba el ojo.

—Yo creo haber cogido un tortícolis—reponía lánguidamente la rubia Susana.—En verdad, si aquello se hubiese prolongado un minuto más, habría vuelto a poner la cabeza en mi postura natural, tanto me dolía ya el cuello.

El señor Hupel de la Noue, desde el vano a donde había llevado a los señores Mignon y Charrier, dirigía miradas inquietas al grupo formado en torno de las dos jóvenes; temía que le estuviesen tomando el pelo. Las demás ninfas llegaron unas tras de otras; todas habían vuelto a ponerse sus trajes de piedras preciosas; la condesa Vanska, de Coral, obtuvo un éxito loco, cuando pudieron examinarse de cerca los ingeniosos detalles de su vestido. Luego se presentó Máximo, en su correcto traje de frac, y con risueño semblante; una nube de mujeres le envolvió, dejáronle en medio del círculo y se le bromeó sobre su papel de flor, sobre su pasión por los espejos; él, sin perder la serenidad, y como enamorado de su personaje, continuó sonriendo, contestaba a las cuchufletas, confesaba que se adoraba a sí propio y que se hallaba bastante curado de las mujeres para preferirse a todas ellas. Las carcajadas eran más atronadoras, el grupo se extendía, ocupando todo el centro del salón, mientras que el joven, anegado en aquel mar de desnudos hombros, en aquel barullo de resplandecientes trajes, conservaba su perfume de amor monstruoso, en relajada dulzura de rubia flor.

Mas cuando por último bajó Renata, se produjo un semisilencio. Se había puesto un nuevo

traje, de gracia tan original y de tamaña audacia, que aquellos señores y damas, con todo y hallarse acostumbrados a las excentricidades de la joven, no pudieron evitar un primer movimiento de sorpresa. Iba vestida de Otaitiana; este traje, a lo que parece, es de los más primitivos; una malla de suave color que le subía desde los pies a los senos, le dejaba al descubierto hombros y brazos; y sobre la malla figuraba una sencilla blusa de muselina, corta y guarnecida con un par de volantes para disimular un tanto las caderas. En la cabeza llevaba una corona de flores silvestres; en los tobillos y en las muñecas ajorcas de oro. Y paren ustedes de contar. Estaba desnuda. La malla ofrecía flexibilidades de carne bajo la transparencia de la blusa; la línea pura de aquella desnudez se adivinaba desde las rodillas a los sobacos, atenuada un tanto por los volantes, pero acentuándose y reapareciendo entre las mallas de la blonda, al menor movimiento. Era aquella una salvaje seductora, una joven bárbara y voluptuosa, oculta apenas en un blanco vapor, en un girón de bruma marina, en cuyo fondo todo su cuerpo se adivinaba.

Renata, sonrosadas las mejillas, se adelantaba con paso ligero. Celeste había hecho estallar la primera malla; felizmente la joven, previendo el caso, había tomado sus precauciones. La rotura de aquella malla había hecho que se retardara. Pareció como que daba escasa importancia a su triunfo. Ardíanle las manos y brillábanle los ojos por la fiebre. Sonreíase, no obstante, contestando con cortas frases a los caballeros que la detenían y le daban parabienes sobre la pureza de sus actitudes, en los cuadros al vivo. Dejaba en pos de sí un reguero de trajes negros, encantados y admirados de la transparencia de su blusa de muselina. Cuando llegó al grupo de mujeres

que rodeaban a Máximo, produjo breves exclamaciones; la marquesa se puso a mirarla de la cabeza a los pies, y murmuró con delicado acento:

—Está admirablemente formada.

La señora de Michelin, cuyo traje de almea resultaba horriblemente ordinario al lado de aquel sencillo velo, se mordía los labios, en tanto que madama Sidonia, encogida en su vestido negro de hechicera, murmuraba a su oído:

—Eso es de lo más indecente que imaginarse puede, ¿no es verdad, hermosa mía?

—En verdad—dijo por último la linda morena,—si yo me desnudase así, el señor Michelin se atufaría de lo lindo.

—Y le sobraría razón—concluyó diciendo la corredora.

El grupo de los hombres graves no era de semejante parecer y se extasiaba desde lejos. El señor Michelin, a quien su mujer con tan poca oportunidad mezclaba en el asunto, se entusiasmaba para bailar el agua al señor Toutin-Laroché y al barón Gouraud, a quienes la vista de Renata elevaba al quinto cielo. Dióse la más cordial enhorabuena a Saccard por la perfección de formas de su consorte. Y Aristides doblaba el espinazo, mostrándose satisfechísimo. La velada resultaba a pedir de boca para él, y, a no ser por cierta preocupación que a cada instante se le ofrecía a la vista, cuando dirigía una rápida mirada a su hermana, habría parecido completamente feliz.

—Oye, hasta ahora nunca nos había enseñado tanto—dijo alegremente Luisa al oído de Máximo, señalándole a Renata con el rabillo del ojo.

Y se contuvo, con sonrisa indefinible:

—A mí, al menos.

El joven la miró con semblante inquieto; pero ella seguía sonriendo, picarescamente, como es-

colar embelesado por una broma de color algo subido.

Rompióse el baile. Habíase echado mano del tablado de los cuadros vivos para colocar una reducida orquesta, en que dominaban los instrumentos de metal; y los clarinetes y los cornetines, lanzaban sus claras notas en el bosque ideal, entre los árboles azules. Se dió principio con una *quadrille*:

*Ah! il a des bottes, il a des bottes, Bastien!* que era a la sazón la delicia de los bailes populares. Aquellas señoras bailaron: las polkas, los vales, las mazurcas, alternaban con las *quadrilles*... El prolongado balanceo de las parejas, iba y venía, llenando la extensa galería, saltando al azote de los instrumentos de metal y meciéndose al cadencioso compás de los violines. Los trajes, aquella oda de mujeres de todas las regiones y de todas las épocas, daba vueltas y más vueltas, con hormigueo y mescolanza de estofas vivientes. El ritmo, después de haber mezclado y transportado los colores, en cadencioso barullo, volvía a juntar bruscamente, a ciertos golpes de arco, la misma túnica de raso color de rosa, el mismo corpiño de terciopelo azul, a la vera del mismo traje negro. Luego otro acorde de violín, un toque de los cornetines, impulsaban a las parejas, hacíanlas viajar en hilera en torno al salón, con cadenciosos movimientos de barquilla que corre a sotavento, impulsada por huracanada ráfaga que ha roto la amarra. Y así siempre, sin término, durante horas y más horas. A las veces, entre dos bailes, una dama se acercaba a una ventana, sofocada, para respirar un instante el aire helado: una pareja descansaba en un confidente del saloncito capullo de oro, o bajaba a la estufa, dando despacito la vuelta por las avenidas. Bajo las bóvedas de enredaderas, en el fondo de la tibia obscuridad a donde llegaban los *forte* de los corne-

tines de pistón, en las *quadrilles* de *Ohé! les p'tits agneaux* y de *J'ai un pied qui r'mue*, las faldas, de que apenas se divisaban las fimbrias, parecieron sonreír languidecientes.

Cuando se abrió la sala del comedor, transformado en *buffet*, con sus aparadores apoyados en las paredes y una larga mesa en el centro, cargada de fiambres, aquello fué una gran afluencia, un aplastarse la gente. Un buen mozo, que había tenido la timidez de conservar su sombrero en la mano, fué tan violentamente empujado hacia la pared, que la desgraciada prenda estalló con sordo gemido, lo que hizo reír a la concurrencia. Lanzábanse sobre los pasteles y sobre las aves trufadas, empujándose por modo brutal. Aquello era un verdadero pillaje, una entrada a saco, las manos se tropezaban en medio de las viandas, y los sirvientes no sabían a quién contestar, en medio de aquella bandada de hombres *comme il faut*, cuyos extendidos brazos expresaban tan sólo el temor de llegar sobrado tarde y de encontrar los platos vacíos. Un anciano caballero se puso hecho una furia porque no tenía burdeos y porque el champaña, daba por seguro, le quitaba el sueño.

—Poco a poco, señores, poco a poco— decía Bautista con su voz grave.—Habrà para todo el mundo.

Pero nadie le escuchaba. El comedor estaba lleno completamente y los inquietos fraques se empinaban a la puerta. Delante de los aparadores había grupos estacionados, que comían de prisa y corriendo apretándose unos a otros. Muchos tragaban sin beber, por no haber podido echar mano a vaso alguno. Otros, por el contrario, bebían, corriendo inútilmente tras un pedazo de pan.

—Escuchen ustedes—dijo el señor Hupel de la Noue, a quien los señores Mignon y Charrier,

hartos de mitología, habían arrastrado al comedor,—nada conseguiremos si no hacemos causa común... Mucho peor sucede en las Tullerías, por lo que he adquirido alguna experiencia... Encárguense ustedes del vino, que yo me encargaré de lo sólido.

El prefecto acechaba un gigote. Extendió la mano, en un momento oportuno, en una clara de hombros, y se lo atrajo tranquilamente, después de haberse llenado las faltriqueras de panecillos. Los contratistas volvieron por su parte, Mignon con una botella y Charrier con dos botellas de champaña; pero no habían podido encontrar más que dos vasos; dijeron que la cosa no importaba un pito y que beberían en el mismo vaso. Y aquellos señores cenaron en el extremo de una jardinera, en el fondo de la habitación. Ni siquiera se quitaron los guantes, poniendo las lonjas ya cortadas del gigote en el pan y guardando las botellas bajo los brazos. Y, en pie, charlaban con la boca llena, apartando las barbas de los chalecos, para que la salsa cayera sobre la alfombra.

Charrier, que había trasegado el vino antes de haberse comido el pan, preguntó a un doméstico si podría traerle una copa de champaña.

—Hay que esperar, caballero,—contestó colérico el sirviente, azorado y con la cabeza al traste, olvidándose de que no estaba en la cocina.—Ya se han bebido trescientas botellas.

Entretanto oíanse los acordes de la orquesta que iban en aumento con bruscos resoplidos. Bailábase la polka de *los Besos*, célebre en los bailes públicos, y en la cual cada bailarín debía marcar el compás besando a su pareja. La señora de Espanet apareció en la puerta del comedor muy encarnada, casi despeinado el cabello, y arrastrando con encantadora lasitud su gran vestido de Plata. Como la gente se apartara apenas,

se vió obligada a insistir con el codo para abrirse paso. Dió vuelta a la mesa, vacilante y con cierto mohín en los labios. Después se dirigió en derecha al señor Hupel de la Noue, quien ya había concluido y se limpiaba la boca con el pañuelo.

—¡Qué amable sería usted, caballero—le dijo con deliciosa sonrisa,—si me encontrase una silla! he dado vuelta a la mesa, pero inútilmente.

El prefecto guardaba cierto rencor a la marquesa, pero su galantería no titubeó un punto; se apresuró cuanto pudo, encontró la silla, instaló a la señora de Espanet y se quedó a su espalda para servirla. Quería tan sólo unos langostinos, con un poco de manteca y dos deditos de champaña. Comía con delicadeza suma en medio de la glotonería de los hombres. Tanto la mesa como las sillas estaban exclusivamente reservadas a las señoras; pero hacíase siempre una excepción en favor del barón Gouraud. Veíase allí, arrellenado, delante de un trozo de pastel, cuya corteza masticaban sus mandíbulas con lentitud. La marquesa reconquistó al prefecto con decirle que en su vida olvidaría sus emociones de artista, en los *Amores del bello Narciso* y de *la ninfa Eco*. Llegó hasta a explicarle el por qué no le había esperado, de modo que le consoló completamente: aquellas señoras, al saber que el ministro se encontraba allí, habían pensado que sería poco conveniente prolongar el entreacto. Terminó rogándole que fuese en busca de la señora de Haffner, que bailaba con el señor Simpson, hombre brutal—decía— a quien no podía ver, ni en pintura. Y tan luego como Susana se encontró allí, no volvió a mirar al señor Hupel de la Noue.

Saccard, seguido de los señores Toutin-Laroché, Mareuil y Haffner, se habían posesionado del aparador. Como la mesa estuviese llena y el señor de Saffré pasase con la señora de Michelin

del brazo, les detuvo y quiso que la linda morena disfrutase con ellos. Púsose la dama a cuscurrear pastelillos, sonriendo y dirigiendo sus claros ojos a los cinco hombres que le rodeaban, quienes se inclinaban hacia ella, rozaban sus velos de almea bordados con hilos de oro, y la estrechaban contra el aparador, al que concluyó por arrimarse, admitiendo pequeñas finezas de todas las manos, amable y cariñosa, con la amorosa docilidad de una esclava en medio de sus señores. El señor Michelin, enteramente solo, al otro extremo de la habitación, daba buena cuenta de una tartera de *foie gras* de que había conseguido apoderarse.

Entretanto, madama Sidonia que rodaba por el baile desde los primeros acordes de la orquesta, entró en el comedor y llamó a Saccard con el rabillo del ojo.

—No baila—le dijo en voz baja.—Parece inquieta. Creo que medita alguna calaverada... Pero no he podido descubrir al doncel... Voy a tomar un pisolabis y a volver al acecho.

Comióse en pie, como un hombre, un ala de ave que se hizo servir por el señor Michelin, que había dado fin a su tartera. Echóse Málaga en una gran copa de champaña; después, habiéndose enjugado los labios con las yemas de los dedos, se volvió al salón. La cola de su vestido de hechicera parecía que había recogido ya todo el polvo de la alfombra.

El baile languidecía y la orquesta parecía dar las boqueadas, cuando se oyó un rumor: “¡el cotillón! ¡el cotillón!” que reanimó a los bailarines y a los instrumentos. Llegaron parejas de todos lados de la estufa; llenóse el gran salón como para la primera *quadrille*, y en medio del reanimado barullo se discutía. Era la última llamara del baile. Los hombres que no rendían culto a Terpsicore, miraban desde los huecos de las ven-

tanás, con indolentes benevolencias, al grupo parlanchín que aumentaba en medio de la estancia; mientras que los cenadores del comedor, sin soltar el pan, alargaban el pescuezo para ver.

—El señor de Mussy no quiere—decía una dama—jura que no lo dirigirá... Vamos, por la última vez, señor de Mussy, nada más que una vececita. Hágalo usted por nosotras.

Pero el joven agregado de embajada permanecía afectando gran tiesura en su arrugado cuello. Era imposible, pues lo había jurado. La contrariedad era completa. Máximo se negó también, alegando que no podía, que estaba hecho un jabón. El señor Hupel de la Noue no se atrevía a ofrecerse, pues él no descendía sino para poetizar. Habiendo hablado una dama del señor Simpson, se la hizo callar; el señor Simpson era el más extravagante director de cotillón que imaginarse pudiera; entregábase a imaginaciones fantásticas y maliciosas; en un salón en donde se cometió la imprudencia de elegirle, contábase que había obligado a las damas a saltar por encima de las sillas, y que una de sus figuras favoritas consistía en hacer andar a todo el mundo a gatas alrededor de la sala.

—¿Se habrá ausentado el señor de Saffré?—preguntaba una voz infantil.

El señor de Saffré se marchaba y se hallaba despidiéndose de la hermosa señora de Saccard, con la que se hallaba en los mejores términos, desde que nada quería con él. Aquel amable escéptico sentía admiración por los caprichos de los demás. Si bien se defendía, pidiendo sonriente que no se le comprometiera, porque era hombre formal, se le llevó triunfalmente al salón desde el vestíbulo. Luego, ante la multitud de blancas manos que se tendían hacia él:

—Vamos—dijo—ocupen ustedes sus respectivos puestos... Pero debo advertir a ustedes que

me tengo por clásico y que no cuento ni con dos céntimos de imaginación.

Las parejas se sentaron alrededor del salón en todos los asientos de que se pudo echar mano; los jóvenes fueron en busca hasta de las sillas de hierro de la estufa. Era aquel un cotillón monstruo. El señor de Saffré que tenía el recogido aspecto de un cura oficiando, eligió por dama a la condesa de Vanska, cuyo traje de coral le preocupaba en extremo. Cuando cada cual se hallaba en el sitio que le correspondía, lanzó una larga mirada a aquella hilera circular de faldas, flanqueada cada una por un traje negro. Y dió la señal a la orquesta, cuyos metales resonaron. Cabezas había que se inclinaban a lo largo del sonriente cordón de los rostros.

Renata se había negado a tomar parte en el cotillón. Mostraba alegría nerviosa desde el comienzo del baile, bailando apenas, mezclándose en los grupos y sin permanecer tranquila en ninguna parte. Sus amigas encontraban algo singular en ella. Durante la velada había estado hablando en hacer un viaje en globo con un célebre aeronauta de que se ocupaba todo París. Cuando el cotillón dió principio, sintióse contrariada por no poderse mover a sus anchas y se mantuvo en la puerta del vestibulo, dando apretones de manos a los hombres que se retiraban y hablando con los íntimos de su marido. El barón Gouraud, a quien se llevaba un lacayo, envuelto en un abrigo de pieles, le tributó su último elogio por su traje de Otaitiana.

Entretanto el señor Toutin-Laroche estrechaba la mano de Saccard.

—Máximo cuenta con usted—le dijo éste.

—Perfectamente—contestó el nuevo senador. Y volviéndose hacia Renata:

—Señora—le dijo,—no he felicitado a usted... Ya tenemos al muchacho colocado.

Y como ella exhibiese una sonrisa de admiración:

—Mi mujer nada sabe todavía—repuso Saccard...—Esta noche ha quedado convenido el matrimonio de la señorita de Mareuil y de Máximo.

Renata continuó sonriendo, inclinándose ante el señor Toutin-Laroche, quien hablaba diciendo:

—El contrato lo firman ustedes el domingo, ¿no es así? Yo tengo que ir a Nevers para un negocio de minas, pero ya estaré de vuelta.

Quedóse sola en medio del vestibulo. Ya no se sonreía, y a medida que iba penetrando en lo que acababa de saber, sentíase pasto de un gran estremecimiento. Contempló las colgaduras de terciopelo rojo, las plantas raras, los jarrones de mayólica, con mirada fija. Y luego dijo en alta voz:

—Es preciso que le hable.

Y volvió al salón; mas tuvo que quedarse a la entrada porque una figura del cotillón obstruía el paso. La orquesta tocaba en sordina un motivo de vals. Las damas se hallaban cogidas de las manos formando un círculo, uno de esos ruedos de niñas cantando *Giroflé girofla*; y daban vuelta con la mayor velocidad posible, tirándose de los brazos, riendo y deslizándose. En el centro, un caballero—era el malicioso señor Simpson,—llevaba en la mano una larga banda color de rosa; poníala en alto, con ademán del pescador que lanza el esparavel; mas no se daba la mayor prisa, pues le resultaba chistoso, sin duda, el que aquellas damas diesen vueltas y vueltas hasta cansarlas. Hallábanse ya jadeantes y pedían compasión. Entonces lanzó la banda, e hizolo con tanta destreza, que fué a enrollarse en los hombros de las señoras de Espanet y de Haffner, que, juntas, daban vueltas. Era aquella una broma del americano. Quiso en seguida valsar con las